

desde la crítica

La Malinche: del don al contrato sexual

Jean Franco

En *El laberinto de la soledad*, ensayo publicado en 1950 cuando el nacionalismo revolucionario mexicano estaba en su apogeo, Octavio Paz hacía notar la “extraña permanencia” de Cortés y su amante e intérprete, La Malinche, en la imaginación y en la sensibilidad de los mexicanos. El autor argumentaba que la persistencia de tales mitos revelaba un conflicto de identidad todavía no resuelto.¹ En las décadas siguientes a la publicación del ensayo, el concepto de identidad nacional fue haciéndose anacrónico y los pachucos (término que designa a los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos), a quienes Paz consideraba híbridos grotescos —ni mexicanos auténticos ni norteamericanos—, comenzaron a ser percibidos con creciente intensidad como la vanguardia de una nueva cultura transnacional. Simultáneamente, La Malinche ya no más víctima ni traidora, se convirtió en el símbolo transfigurado de la identidad fragmentada y del multiculturalismo.²

Donde resulta más llamativa esta revisión de La Malinche es en algunos análisis que examinan bajo nuevos criterios el descubrimiento y la conquista; entre éstos sobresalen, particularmente, el de Tzvetan Todorov, *La Conquete d’Amerique*, y el de Stephen Greenblatt, *Marvelous*

¹ Paz, Octavio (1993), “Los hijos de la Malinche”, en *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular), México, pp. 72-97, esp. p. 95.

² Para una discusión de estas nuevas interpretaciones, véase el trabajo de Norma Alarcón (1983), “Chicana’s Feminist Literature: A Re-vision through Malintzin/or Malintzin: Putting Flesh Back on the Object”, en Gloria Anzaldúa y Cherríe Moraga (eds.), *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*, Kitchen Table Press, Nueva York, pp. 182-190. Respecto de la relación entre la Malinche y la moderna literatura mexicana femenina, véase Margo Glantz (1991), “Las hijas de la Malinche”, en Karl Kohut (ed.), *Literatura mexicana hoy. Del 68 al ocaso de la revolución*, Verfuert Verlag, Frankfurt am Main, pp. 121-129.

Possessions.³ Ambos libros reflejan la preocupación contemporánea en torno de la alteridad, la representación y la naturaleza de lo híbrido. En ese sentido, ambos destacan un aspecto de la conquista frecuentemente ignorado en la narrativa heroica de los siglos XIX y XX.

Es cierto que el positivista Justo Sierra describió alguna vez a La Malinche como “el verbo de la conquista”;⁴ sin embargo, su representación en la narrativa heroica suele ser mucho menos lisonjera. Así, la obra de William Prescott, *Conquest of Mexico*, publicada en la década de 1840, atribuye la habilidad lingüística de La Malinche al hecho de que el castellano “era para ella el lenguaje del amor”.⁵ En la década de 1920, William Carlos Williams escribió *In the American Grain*, una declaración clásica sobre la identidad panamericana. La visión que este autor tenía sobre la trágica caída de Tenochtitlan se concentraba en una confrontación entre Moctezuma y Cortés; en consecuencia, el papel crucial de la lengua o intérprete en el conflicto quedaba ignorado por completo.⁶ Como señala Teresa de Lauretis,⁷ en la narrativa heroica la mujer suele aparecer como colaboradora, o bien como tierra de conquista. En la narrativa dramática, donde los rivales luchan a muerte, la mujer es, simplemente, irrelevante. Pero existe algo mucho más complejo en la imagen de La Malinche.

³ Todorov, Tzvetan (1982), *La Conquete de l’Amerique. La Conquete de l’Autre*. Le Seuil, París. [Existe traducción al español: *La Conquista de América. La cuestión del otro*, trad. Flora Botton Burlá, Siglo XXI, México, 1987. De esta edición se toman las citas que aparecen en el texto]. Y Stephen Greenblatt (1991), *Marvellous Possessions. The Mother of the New World*, University of Chicago Press, Chicago.

⁴ Sierra, Justo (1977), “Evolución Política del Pueblo Mexicano”, en *Obras Completas XII*, UNAM, México, p. 49. Un análisis exhaustivo sobre la literatura en torno a La Malinche se encuentra en el trabajo de Sandra Messinger Cypress (1991), *La Malinche in Mexican Literature. From History to Myth*, University of Texas Press, Austin.

⁵ Prescott, William (1863), *The Conquest of Mexico*, Lippincott and Co., Filadelfia, vol. 1, p. 295.

⁶ Williams, William Carlos (1956), “The Destruction of Tenochtitlan”, en *In the American Grain*, New Directions, Nueva York, pp. 27-38. Para una discusión sobre las “lenguas” y, en particular, sobre La Malinche, véase el trabajo de Margo Glantz, “Lengua y conquista”, en *Revista de la Universidad de México*. La habilidad de Doña Marina como traductora parece haber contrastado directamente con la incapacidad de Cortés para pronunciar o transcribir nombres en náhuatl. Véase George Baudot (1977), *Utopie et histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*, Privat, Toulouse.

⁷ Lauretis, Teresa de (1984), *Alice Doesn’t. Feminism, Semiotics, Cinema*, Indiana University Press, Bloomington.

Esta complejidad se puede percibir, especialmente, en el recuento que hace Bernal Díaz del Castillo de la conquista, e invita a considerar la argumentación que subyace tanto a la obra de Todorov como a la de Greenblatt respecto de la función de mediadora, traductora e intérprete.

Desde la perspectiva de los críticos contemporáneos, la conquista y el descubrimiento son sucesos paradigmáticos cuyas repercusiones se extienden hasta nuestros días. Así, según Todorov, "*C'est bien la conquete de l'Amérique qui annonce et fond notre identité presente*": "La conquista de América es precisamente lo que anuncia y funda nuestra identidad presente" (p. 15). Para ellos, La Malinche ocupa una posición determinante como intérprete e intermediaria. En su ausencia, piensa Todorov, la conquista de México habría sido imposible. Haciéndose eco de generaciones enteras de historiadores mexicanos, afirma que ella "es ante todo el primer ejemplo, y por eso mismo, el símbolo, del mestizaje de las culturas; por ello anuncia el estado mexicano moderno y, más allá de él, el estado actual de todos nosotros, puesto que, aunque no todos seamos bilingües, somos inevitablemente bi o triculturales" (p. 109). El desplazamiento que se opera en este pasaje va del "ella" a una suerte de "nosotros" universal; de este modo se suprimen tanto las discontinuidades como las peculiaridades inéditas del colonialismo español. Considerar a La Malinche como "primer ejemplo" y "símbolo" de la mezcla de culturas (y de la moderna multiculturalidad), es pasar con excesiva prisa por encima de la violencia epistémica y real que supone esa simbolización.

Aunque el análisis de Greenblatt sobre el desubrimiento y la conquista difiere ligeramente del de Todorov,⁸ también subraya el papel de los intérpretes y mediadores. El canibalismo y la idolatría, sostiene, constituían un obstáculo para los españoles en su trato con los aztecas, y hacían necesaria la exclusión de estos últimos de las relaciones civilizadas. "Sin embargo, la comunicación tenía que darse, de modo que se requería algún puente humano para que la información fluyera entre invasores y defensores. Y fue Doña Marina quien desempeñó esta función." Ella es, según Greenblatt, "objeto

⁸ Greenblatt hace hincapié en lo que él denomina intercambio mimético y, particularmente, en el empleo retórico de lo "maravilloso" como justificación de la posesión.

de intercambio, modelo de conversión, el único personaje que parece entender las dos culturas, la única persona en la que ambas se encuentran" (p. 143). Posteriormente subraya que "virtualmente, para todos los sujetos de la historia de Bernal Díaz —tanto indios como españoles—, el sitio de la oscilación simbólica estratégica entre el propio ser y el otro, es el cuerpo de esta mujer" (p. 143).

Greenblatt observa que "ya en 1492, en la introducción a su *Gramática*, el primer gramático de una lengua europea moderna, Antonio de Nebrija, escribió que la lengua siempre ha sido la compañera del imperio, y sostuvo que Cortés encontró en Doña Marina a su compañera" (p. 145). El deslizamiento que se observa aquí entre metáfora y metonimia es muy significativo, pues oculta un elemento crucial: el hecho de que no podía haber ningún puente, encuentro o compañera sin un acto previo de violencia. Este acto queda convenientemente encubierto gracias a la apropiación simbólica. En lo esencial, tanto Todorov como Greenblatt pasan por alto la importancia de la pirueta mental merced a la cual la atención se desplaza del modo de reproducción de la sociedad colonial hacia la mujer simbólica en tanto (y como siempre) ayudante, intermediaria, intercesora y finalmente (en el discurso nacionalista), traidora.

Se cree que el nombre indígena de La Malinche era Malinalli; éste era, a su vez, el nombre de un día en el calendario azteca que se representaba en forma de caña retorcida. Pero Malinalli no es solamente el signo de un día; está relacionado también con el símbolo helicoidal que vincula a las dos fuerzas opositoras del cosmos en constante movimiento, haciendo que las fuerzas del mundo inferior se eleven, y que las de los cielos descendan. Los indígenas se referían a ella como Malintzin.⁹ Para los cristianos era conocida por su nombre de bautismo, Doña Marina.

Cortés se encontró con Malintzin por primera vez cuando ella le fue entregada como regalo por uno de los caciques de Tabasco, junto con diecinueve mujeres más y otros varios objetos, entre los que había lagartijas, diademas y perros. Habiéndola cedido inicialmente a su capitán Puertocarrero, Cortés descubrió muy pronto que era bilingüe. Como Jerónimo de Aguilar —un español que había

⁹ Para una discusión sobre los nombres de Doña Marina, véase Cortés, Hernán (1986), *Letters from Mexico*, Trad. de Anthony Pagden, Yale University Press, p. 464, n. 26.

sido prisionero en Cozumel— conocía la lengua maya; él podía traducir del español al maya, y Marina del maya al náhuatl. Bernal Díaz del Castillo informa que Doña Marina conocía la lengua de Coatzacoalcos, “que es la propia de México, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés”.¹⁰ Ambos formaron, sin tardanza, un equipo muy capaz, lo suficientemente capaz como para permitir a Cortés entender las complejas intrigas políticas y la inquietud existente entre las diversas tribus sometidas al dominio azteca.

De modo que el encuentro de Cortés con la esclava bilingüe Marina fue tan fortuito como afortunado, sobre todo porque ella era, además, hermosa y parecía bien dispuesta a convertirse en la amante e informante nativa de Cortés.¹¹ Por supuesto, Doña Marina no tenía que haber sido mujer para llegar a servir como lengua e informante pero, como sostendré más adelante, es precisamente su género lo que explica su posición sobresaliente durante el “encuentro”.

Puesto que Cortés sólo hace una breve referencia a ella en las *Cartas de relación*, lo que sabemos de Doña Marina proviene principalmente de los historiadores y cronistas de la conquista, en particular de la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara, de *La historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, y de la “probanza” o testimonio levantado con el fin de aportar pruebas de su servicio a la corona española. También se encuentran entre las fuen-

¹⁰ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, décima edición, Colección “Sepan Cuantos...” núm. 5, Editorial Porrúa, México, p. 62. [En su mayoría, las citas del artículo corresponden a la versión de 1984 editada por Miguel León Portilla de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, dos volúmenes, Madrid. La traducción de las citas al inglés corresponde a la propia autora. Las citas que se transcriben en la traducción al español han sido tomadas en su totalidad de la mencionada edición Porrúa. N. de la T.]

¹¹ Las principales fuentes contemporáneas o muy ligeramente posteriores a la Malinche son, además de Bernal Díaz del Castillo, Francisco López de Gómara (1979), *Historia de la conquista de México*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, vol. 65; Hernán Cortés (1986), *Letters from México*, traducidas y editadas por Anthony Pagden con una introducción de J. H. Elliott, Yale University Press, New Haven/Londres. Véase también el trabajo de John H. Elliott (1967), “The Mental World of Hernán Cortés”, en *Transactions of the Royal Historical Society*, Fifth Series, 17; también de John H. Elliott (1984), “The Spanish Conquest and Settlement of America”, en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge University Press, vol. I, y Hernán Cortés (1871), *Escritos sueltos de Hernán Cortés*, Biblioteca Histórica de la Iberia, México, vol. 12.

tes disponibles las crónicas y códices indígenas en los que se representa a Malintzin en su papel de intérprete, así como ciertas tradiciones populares que asocian a La Malinche con la Virgen y con la mítica Llorona; algunas de esas tradiciones sobreviven hasta el presente.¹²

Aunque escrita por un hombre que nunca puso un pie en la Nueva España, la historia de López de Gómara refleja, con certidumbre casi absoluta, el punto de vista de Cortés, así como el de los conquistadores de quienes el autor pudo obtener testimonios directos. No debería sorprender el hecho de que este autor presente a Cortés como el protagonista principal, el creador de la estrategia y el autor intelectual y práctico de la conquista. López de Gómara describe a La Malinche como una esclava a quien Cortés ofreció la libertad a cambio de que fungiera como su faraute (derivado del francés "héraut" o heraldo) y secretaria. El historiador oficial de Cortés insiste en que ella era una esclava, en contraste con el énfasis que hace Bernal Díaz del Castillo en sus orígenes nobiliarios.

López de Gómara no puede evitar mencionar la relación carnal de Cortés con La Malinche; sin embargo, lo hace en calidad de digresión de importancia menor, al referir las críticas que se lanzaron a Cortés por casar a La Malinche con Juan Jaramillo cuando éste se encontraba ebrio, habiendo el propio Cortés tenido descendencia con ella (p. 270). Al final de la historia, cuando enumera a los hijos de Cortés, López de Gómara se limita a mencionar a un tal Martín Cortés (además del hijo de Cortés del mismo nombre, habido con su esposa española Juana de Zúñiga), "que era nacido de una india" (p. 374). Aquí Doña Marina aparece, simplemente, como la madre *anónima* de uno de los primeros mestizos, el hijo bastardo a quien

¹² Todavía no se ha hecho ningún estudio a profundidad de la imagen popular de la Malinche, ni de la forma como la retratan los códices. Aunque estos últimos subrayan claramente su importancia e insinúan las razones por las que Cortés y otros sujetos asociados con ella pueden haber sido llamados Malinche, todavía está por hacerse un análisis detallado del significado de su vestimenta y sus gestos. En el texto "A la Chingada", que aparece en *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano* (Grijalbo, México, 1987), Roger Bartra presenta a la Malinche como la imagen especular de la Virgen de Guadalupe. En una biografía titulada *Doña Marina, "La Malinche"* (Somonte, México, 1969), pp. 159-163, Mariano G. Somonte explica cómo el mito de la Llorona (es decir, el mito de una mujer que llora a su hijo perdido) deriva del lamento de la sacrificada diosa Cihuacóatl, pero es también base de las modernas "supersticiones" que asocian a la Malinche con la Llorona.

Cortés legitimó mediante un decreto papal. Importa destacar el silencio en torno al papel de Marina en la reproducción. Que Marina diera a luz un hijo durante la tremenda lucha de la conquista, que fuera desposada por Cortés con uno de sus lugartenientes, Juan Jaramillo, y que posteriormente apareciera preñada una vez más (esta vez por Jaramillo), que acompañara a Cortés en la aún más difícil travesía al sur, hacia Honduras, que diera a luz a una hija, María, a bordo del barco que trajo a la expedición de vuelta a Veracruz, es todo ello, desde luego, una consecuencia demasiado natural de la situación como para que los historiadores le prestaran atención.¹³

Por el contrario, Bernal Díaz del Castillo eleva a Doña Marina a una posición en muchos sentidos semejante a la de Cortés. Y es que ciertamente, desde su perspectiva, ella era el miembro más poderoso de la población indígena después de Moctezuma. Al escribir su historia con el propósito de corregir la de López de Gómara y de demostrar que la conquista no fue obra de un sólo hombre sino de muchos, Bernal Díaz del Castillo tenía toda la razón en subrayar el esfuerzo colectivo que significó la conquista, esfuerzo en el que una mujer jugó un papel fundamental. Bernal Díaz registra que Doña Marina “tenía fuerza viril; aunque todos los días escuchaba que podrían matarnos y comer nuestra carne, y a pesar de que ya había vivido cercos en batallas pasadas, y aunque ahora todos nosotros estábamos heridos y sufríamos, nunca vimos en ella debilidad alguna sino sólo una fuerza mayor que la de una mujer” (I, p. 242).

Es cierto que en este pasaje Bernal Díaz del Castillo coloca a Doña Marina en el estatus de los hombres de honor; pero también nos hace saber que ella era mucho más que una ventrílocua, puesto que prestaba al habla de Cortés las inflexiones correspondientes a emociones tales como la amistad o la ira. Por ejemplo:

Cuando Cortés les hablaba amigablemente a través de Doña Marina, ellos traían mucho maíz y aves y nos señalaban el camino que debíamos seguir... (II:268)

¹³ El análisis y traducción que hace Gayatri Chakravorty Spivak del texto de Mahasweta Devi, “The Breast-Giver”, es un singular ejemplo del énfasis en el cuerpo subalterno como productor y no simplemente como reproductor. El ensayo muestra también la trampa que encierra la “interpretación” de casos como esos en términos del feminismo del primer mundo. Véase Gayatri Chakravorty Spivak (1987), “A Literary Representation of the Sub-altern”, en *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Methuen, Nueva York-Londres, pp. 241-268.

Y estando en esto, Cortés preguntó a doña Marina y a Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, que de qué estaban alborotados los caciques desde que vinieron aquellos indios (los recaudadores de tributos de Montezuma) y quién eran. Y la doña Marina, que muy bien lo entendió, le contó lo que pasaba (cap. XLVI: 79).

El Montezuma le dio el bienvenido, y nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado; y paréceme que Cortés, con la lengua doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha... (cap. LXXXVIII: 314).

Entonces Cortés abrazó dos veces a Montezuma y Montezuma también abrazó a Cortés y Doña Marina, que era muy sagaz, le dijo agudamente que él estaba fingiendo tristeza por nuestra partida. (I: 410.)

La seducción que Doña Marina ejerce en este último intercambio indica que gozaba de cierto margen de libertad para desempeñarse, así fuera dentro de los límites del código permitido. Más aún, su habilidad en el arte de la persuasión debe haber sido un elemento esencial para lograr la victoria sobre la población indígena. Indudablemente, la violencia precedió a la hegemonía, pero la hegemonía no podría haberse impuesto sin asegurar la adhesión de algunos aliados y participantes voluntarios, como Cortés bien sabía.¹⁴ Incluso, el historiador indígena Alva Ixtlixóchitl, que escribió mucho tiempo después de la conquista, llegó a reconocer que “a la lengua Marina se le encargó predicar la fe cristiana y hablar, simultáneamente, del Rey de España. En pocos días aprendió la lengua española, lo que ahorró a Cortés mucho trabajo, y parece haber sido casi milagroso y muy importante para la conversión de los indígenas y la fundación de nuestra santa fe católica”.¹⁵

En la probanza de sus servicios a favor de la conquista, un testigo de nombre Gonzalo Rodríguez de Ocaña afirmó que “gracias al trabajo de Doña Marina, muchos indios se volvieron cristianos y se sometieron al mandato de Vuestra Majestad”.¹⁶ En esta cita podemos ver claramente la identificación de lo femenino con la constitución de la hegemonía, una hegemonía que, después de la violencia, quedaría consolidada mediante palabras amorosas. Marina no es solamente intérprete y traductora, sino la figura paradigmática en el proceso de conversión de la conquista en imperio.

¹⁴ “Cortés siempre atraía con buenas palabras a todos los caciques”, según Bernal Díaz del Castillo, en *Historia verdadera*, capítulo XXXVI, p. 60.

¹⁵ La cita aparece en el apéndice de Somonte, *op. cit.*

¹⁶ *Probanza de buenos servicios y fidelidad con que sirvió en la conquista de Nueva España la famosa Doña Marina*, Patronato 56, núm. 3, ramo 4. Archivo General de Indias, Sevilla, España.

La denuncia de la conspiración de Cholula es el episodio por el que La Malinche es mejor conocida y es, también, aquél que más tarde convertiría a la traductora en *tradditora*. Fue en Cholula donde Moctezuma pretendió hacer su esfuerzo más decisivo para frenar el avance español, tendiendo por la noche una emboscada a los invasores. Una anciana reveló a Doña Marina los planes para la conspiración pues, "como la vio moza y de buen parecer y rica", deseó salvar su vida y casarla con su hijo. En la relación de Bernal Díaz del Castillo, éste resulta ser también el único episodio en el que Doña Marina habla por sí misma:¹⁷ "Oh, madre", respondió ella, "¡qué mucho tengo que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora con vos, sino que no tengo aquí de quién me fiar para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho; por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que ahora ya veis que estos 'teules' están velando y sentirnos han" (cap. LXXXIII: 146-147). Mediante este ardid, Marina se entera de todos los detalles de la conspiración y avisa inmediatamente a Cortés. Con Marina a su lado como intérprete, Cortés rodea a los indios y los previene del costo de la traición, después de lo cual, según Bernal Díaz del Castillo, "matamos muchos de ellos y otros fueron quemados vivos". En esta ocasión Marina pudo dar pruebas de la fuerza de su lealtad a Cortés.

Para muchos lectores modernos, resulta lamentable que la extraordinaria inteligencia política y la capacidad de cálculo que Marina despliega en este incidente, sólo haya beneficiado a los españoles. Sin embargo, la situación de Doña Marina ilustra con claridad la profunda carga genérica de términos tales como "lealtad" y "traición". Constantemente, los conquistadores demandaban lealtad hacia su "justa" causa pero, aunque aparentemente los unían su religión y nacionalidad comunes, en realidad sus lealtades solían ser temporales y oportunistas; sobre todo tomando en cuenta que a medida que avanzaban iban inventando y creando mitos sobre las

¹⁷ Este fundamental episodio ha sido subrayado en muchas crónicas, y está incluido en el registro de servicios de Doña Marina que usó su nieto, don Fernando Cortés, en su reclamo de pensión. Véase Somonte, *op. cit.* p. 174. También existe una vívida versión del suceso en Antonio de Solís (1798), *Historia de la conquista de México*, Cano, Madrid.

razones que justificaban su misión.¹⁸ Por otro lado, en las sociedades patriarcales es muy difícil para las mujeres vincularse entre sí, puesto que su lealtad se transfiere, mediante el matrimonio o el concubinato, de su familia de origen al nuevo propietario.

Lo que es más difícil de comprender es el hecho de que este sistema exógamo operase tan eficientemente a pesar de la brecha cultural existente entre los españoles y los indígenas. Pero, por lo que se refiere al intercambio de mujeres, la "otredad" de los indígenas parece haber tenido muy poca importancia. Las mujeres eran intercambiadas libremente entre indígenas y españoles y entre los españoles mismos, aunque, desde luego, no se ofrecieran españolas a los aliados indígenas.

En este contexto, resulta especialmente significativo el relato que hace Bernal Díaz de las primeras etapas de la vida de Marina, sobre todo porque asume la forma de una larga digresión que precede al relato mismo de la conquista e incluye información que el autor sólo pudo haber recabado en fecha muy posterior, cuando la conquista estaba casi por culminar. Se trata de un ingenioso recurso cuyo propósito es enfatizar el estatus de La Malinche como princesa y, también, dar testimonio de su lealtad a la causa española.

Bernal Díaz escribe:

Que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco; y murió el padre, quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hubieron un hijo, y según pareció, queríanlo bien al hijo que habían habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cacicazgo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. Y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés (quien la dio a su vez a un caballero de nombre Alonso Hernández Puerto Carrero).

Y después que fue a Castilla Puerto Carrero estuvo la doña Marina con Cortés, y hubo en ella un hijo que se dijo don Martín Cortés (y que era un comandante de la orden de San Tiago).

Y en aquella sazón y viaje (a las Hibueras) se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo.

(Doña Marina tenía por nacimiento una influencia e importancia grandes sobre estas tierras); y como [...] en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala

¹⁸ Pastor, Beatriz (1983), *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Ediciones del Norte, Hanover.

y México fue tan excelente mujer, era de buen parecer y entremetida y desenvuelta y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo.

Y conocí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido. Y después de vueltos cristianos se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro, y esto sólo muy bien, porque en el año de mil quinientos veinte y tres años, después de conquistado México y otras provincias, y se había alzado Cristóbal de Olid en las Hibueras, fue Cortés allí y pasó por Guazacualco.

Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitán Cortés y Aguilar, la lengua. Por manera que vino la madre y su hijo, el hermano, y se conocieron, que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo de ella, que creyeron que los enviaba (a) hallar para matarlos, y lloraban. Y como así los vio llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que hacían, y se los perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo; y que Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido y a Cortés que cuanto en el mundo hay. Y esto me parece que quiere remedar lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto a Josef, que vinieron en su poder cuando lo del trigo.¹⁹

Bernal Díaz del Castillo concluye este relato jurando que es exacto, indicio de que le preocupaba que fuese aceptado como historia verdadera.

Pero, ¿lo era? La versión sólo pudo provenir de la propia Doña Marina, y no sólo contradice la insinuación de López de Gómara en el sentido de que habría sido vendida como esclava,²⁰ sino que guar-

¹⁹ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera*, capítulos xxxvi y xxxvii, pp. 59, 60, 61 y 62. [La cita que aparece en el original en inglés está tomada de una traducción de la obra de Díaz del Castillo por Maurice Keating, Londres, 1800. Este texto no coincide con el orden de la edición de Porrúa. La transcripción de los fragmentos se hizo a modo que el orden de la información correspondiese al de la cita de la autora. Las frases transcritas entre paréntesis son traducción de la cita procedente de Keating, puesto que no se encontró su equivalente en la versión en español. N. de la T.]

²⁰ Diversas versiones de la conquista prefieren sostener que Doña Marina nació de esclavos. Así por ejemplo, Francisco Cervantes de Salazar (1985), *Crónica de la Nueva España*, Porrúa, México, p. 134, ofrece dos versiones del nacimiento de Doña Marina. La primera afirma que nació de esclavos y la segunda, "más verdadera", que fue hija de un cacique y una esclava.

da un sospechoso paralelismo con otras narraciones populares. El mismo Bernal Díaz se sorprende de su similitud con la historia de José. Algunos críticos han señalado su parecido con la novela caballerescas del Amadís de Gaula. El tema se encuentra también en la historia mixteca de la princesa insultada.²¹ Y también existen, como señalaré más adelante, similitudes significativas entre la historia de La Malinche y el mito de Edipo. ¿Acaso Doña Marina tradujo mal su propia historia, o sencillamente la adaptó con ingenio a los requerimientos de la narrativa de la conquista?

No hay manera de corroborar ninguna de esas hipótesis, pero lo que sí sabemos es que el relato de la madre cruel que se deshace con violencia de la hija encaja muy bien en la historia de la conquista: así se confirmaba tanto la crueldad de los indígenas como la extraordinaria elevación —al modo de los cuentos de hadas— de Marina de esclava a princesa.

Pero, a pesar de que la historia “encaja bien”, la propia Doña Marina sobresale sin necesidad de ella. Eso se debe, en parte, al entusiasmo con el que desempeñó su función de intérprete, un entusiasmo que podría muy bien atribuirse a la mímica femenina. Luce Irigaray ha afirmado, sin duda, que la mímica es la “única vía” accesible a las mujeres en el discurso patriarcal.

Jugar a la mimesis es entonces, para una mujer, tratar de encontrar el lugar de su explotación por parte del discurso, sin dejarse reducir simplemente a ella. Es volver a someterse a... “ideas”, en particular acerca de ella misma, elaboradas en/por una lógica masculina, pero para hacer “aparecer”, por un efecto de repetición lúdica, lo que debía permanecer oculto: el recubrimiento de una posible operación de lo femenino en el lenguaje.²²

²¹ Véase, por ejemplo, “La princesa guerrillera”, del *Mixtec codice*, Selden J. Bodleyan Library, Oxford. Esta historia aparece resumida en María Sten (1972), *Las extraordinarias historias de los códices mexicanos*, Joaquín Mortiz, México. De acuerdo con este relato, una princesa cuyos hermanos han sido asesinados, decide vengar sus muertes. Durante el viaje que emprende con ese propósito, encuentra a un príncipe y se casa con él. Sin embargo, cuando es conducida al país de su esposo, es insultada y ejerce venganza sobre sus enemigos. A partir de ese suceso, la princesa vive feliz para siempre con su marido. En su artículo “Bernal Díaz del Castillo frente al otro: Doña Marina, espejo de princesas y damas”, incluido en Augustín Redondo (ed.), *Les représentations de l'Autre dans l'espace ibérique et ibero-américain* (Presses de La Sorbonne Nouvelle, París, 1991, pp. 77-85), Sonia Rose-Fuggle subraya los paralelismos bíblicos en la historia de vida de este personaje.

²² Irigaray, Luce (1982), *Ese sexo que no es uno*, Trad. Silvia Esther Tübert, Ed. Saltés, Madrid, pp. 73-74.

Con todo, en el contexto de la conquista, este "espíritu juguetón" contribuye únicamente a desarrollar de manera más efectiva la trama maestra. De ahí la ironía de que cuando en la crónica de Bernal Díaz del Castillo La Malinche adquiere voz propia, sea para facilitar la conquista y la continuación de la marcha hacia Tenochtitlan.

Para los indígenas que la representaron en sus códices, La Malinche era, evidentemente, una mujer "única en su género". Se le dibujaba con frecuencia en los encuentros entre Cortés y Moctezuma de pie entre los dos hombres, o gesticulando vigorosamente como para enfatizar que ella, al igual que Cortés, estaba a cargo de la situación.²³ Muchas veces asumía una posición de poder y quedaba situada en el mismo plano que Cortés y Moctezuma, de quienes no apartaba los ojos. Sin duda, la curiosa metonimia mediante la cual Cortés era conocido como Malinche y llamado así por los aztecas, sugiere que ellos consideraban a Doña Marina como la incorporación de la conquista.

Así y todo, parafraseando a Homi Bhabha, La Malinche era "igual, pero no totalmente".²⁴ El hecho de que Doña Marina aparezca vistiendo ropas indígenas en estos códices, subraya su diferencia racial respecto de los españoles, y también su diferencia genérica respecto de los hombres que la rodeaban, aun cuando metonímicamente se la asociara con los conquistadores. ¿No podría sugerir esto que el lugar de los conquistados era el de lo "femenino"? La mímica colonial a la que se refiere Homi Bhabha se encuentra feminizada en el caso latinoamericano. Para lograr la integración de los indígenas a un sistema a la vez pluralista y jerárquico, éstos tenían que volverse como mujeres o niños (infantes-carentes de lenguaje). Irónicamente enton-

²³ Véanse en Somonte, *op. cit.*, las reproducciones de los lienzos en los que Marina es mostrada traduciendo para Cortés. El autor incluye también reproducciones de un escudo de armas de Tabasco en el que aparece un retrato de doña Marina, así como reproducciones del Códice de Cuautlancingo, en una de las cuales ella aparece sin los españoles, acompañada por otra indígena y seguida por un grupo de músicos.

²⁴ El concepto que tiene Homi Bhabha de la mímica colonial resulta, desde luego, extremadamente sugerente para hacer un estudio de Doña Marina. Véase al respecto "Of Mimicry and Man; The ambivalence of Colonial Discourse", octubre 28, 1984, pp. 125-33. Tal "ambivalencia" reside en el hecho de que el colonizador desea crear a un colonizado a su imagen y semejanza, sólo para producir a alguien que sea "no completamente/no blanco" (en inglés, el juego de palabras "*not quite/not white*"). Doña Marina no solamente "no es blanca", sino que tampoco es hombre.

ces, el "don" de Doña Marina a los españoles resultó ser el principio del fin de la economía del don. Por eso es importante subrayar la transición entre el intercambio de dones y el intercambio contractual.

En su muy completo libro sobre la presencia de La Malinche en la literatura mexicana, Sandra Messinger Cypess parece fusionar ambas formas de intercambio, cuando observa que

el intercambio de mujeres era común entre los indígenas y aceptable, también, para los españoles; ninguna de las partes veía la transferencia de mujeres como una costumbre extraña. Podría esperarse, por tanto, que Marina estuviese condicionada de antemano, en razón de su socialización como esclava entre los amerindios, a obedecer las órdenes de sus nuevos amos.²⁵

No obstante, aunque ésta es una manera de explicar la lealtad de La Malinche a Cortés, el argumento no da cuenta del grado de violencia real y epistémica que el intercambio implicaba. El problema reside en el uso del término "socialización" que, como su contraparte, "internalización", se fundamenta en una burda separación de lo "interior" y lo "exterior", y no ayuda en absoluto a aclarar la manera de constituirse de los sujetos en formaciones sociales específicas.

Más aún, el término mismo de "intercambio" es inexacto. La madre de Marina la cedió o la vendió como esclava, condición ésta que, aunque no fuese permanente entre los aztecas, tenía profundas repercusiones físicas y psicológicas para las personas. En la medida en la que el esclavo o esclava dejaba de ser un miembro del cuerpo social —o *calpulli*—, se convertía en una suerte de mercancía que podía cederse o venderse para el sacrificio o con otros propósitos. Se pensaba que este cambio de estatus debía traer consigo una transformación incluso en la apariencia física de la persona, puesto que para los aztecas el cuerpo era inseparable de la sociedad y del mundo.²⁶ En consecuencia, la elevación de Doña Marina de esclava a faraute significaba algo más que una liberación: implicaba una transformación radical de su persona. De modo que no debe sorprendernos que ella misma afirmara vehementemente, a su regreso a Coatzacoalcos, que prefería ser la madre del hijo de Cortés y la esposa de Jaramillo que una cacica del imperio azteca.

²⁵ Cypess, Sandra, *La Malinche*, p. 33.

²⁶ López Austin, Alfredo (1984), *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, UNAM, México, 2 vols. Véase particularmente el volumen I, pp. 226-251. El problema de la relación entre el cuerpo y el propio ser es subrayado también por

Por lo demás, el comportamiento de Cortés en esta transacción fue siempre perfectamente pragmático, y ello a pesar de que se oponía directamente a toda la ideología sobre la limpieza de sangre que los españoles invocaban en sus tratos con los judíos y los moros. La reconquista de España y la consecuente expulsión de elementos foráneos diferían totalmente de la deliberada política de mestizaje promovida en América por la corona española y por Cortés mismo. El tráfico de mujeres no solamente era aceptado por los españoles como natural, sino que les proporcionaba los servicios sexuales y prácticos que requerían. Cortés reconocía la importancia de poblar al Nuevo Mundo con un nuevo tipo de habitante que tuviese lazos de sangre tanto con el conquistador como con los indígenas; de ahí que hiciera que su hijo con Marina fuese legitimado por el papado.

Así, mientras Cortés amonestaba a Moctezuma con discursos a favor de la monogamia, el tráfico e intercambio de mujeres —del que Marina era simplemente el ejemplo mejor conocido— se convertía en un recurso que él mismo empleaba con gran eficacia para sellar alianzas y crear una población mestiza. No solamente en Tabasco sino a lo largo de toda la ruta hacia el interior, Cortés iba recibiendo en regalo mujeres indígenas, algunas de las cuales eran repartidas entre sus hombres. La más bonita de las ocho jóvenes que recibió Cortés del cacique gordo de Cempoala fue bautizada como Doña Francisca y, al igual que Marina, entregada a Puertocarrero. Los tlaxcaltecas dieron a Cortés trescientas mujeres que fueron bautizadas y entregadas a los soldados. Bernal Díaz del Castillo menciona en algún lugar que él tenía cuatro indias naborías, mismas que, presumiblemente, le ayudaban a cargar su equipo, le cocinaban y le prestaban otro tipo de servicios. Los nombres de la mayoría de estas mujeres, madres de la primera generación de mestizos, quedaron sin registrar. Sin embargo, como hace notar Roger Bartra, cuando Malintzin y las otras diecinueve mujeres fueron ofrecidas a Cortés, él entregó a cambio una imagen de la Virgen a los tabasqueños. “Sin duda, las mujeres dadas como regalo perdían rápidamente su virginidad, pero lo mismo podría afirmarse de la imagen que los indígenas recibían.”²⁷

Serge Gruzinski (1989), en *Man-Gods in the Mexican Highlands. Indian Power and Colonial Society, 1520-1800*, trad. Eileen Corrigan, Stanford University Press, p. 20.

²⁷ Bartra, *op. cit.*, p. 207. Bartra se está refiriendo aquí a la transformación de la Virgen en la Virgen “morena” de Guadalupe.

No nos engañemos, sin embargo, sobre la naturaleza de ese intercambio, mediante el cual se entregaban mujeres de carne y hueso a cambio de una mujer simbólica: este último regalo no se ofrecía como equivalente de las mujeres reales, sino como un ideal imaginario, en contraste con el cual todas las mujeres podrían sentir sus carencias e imperfecciones, condición esencial para aceptar un contrato sexual.

Anteriormente señalé que la historia de La Malinche tiene semejanzas con la de Edipo. Tanto Edipo como La Malinche fueron abandonados por el padre, con la esperanza de que murieran o desaparecieran. Ambos regresan a sus madres y, en ambos casos, con consecuencias devastadoras. En el mito de Edipo, el regreso desemboca en la violación del tabú contra el matrimonio con la madre. En el caso de La Malinche, el regreso está marcado por el trastocamiento de los destinos y fortunas; Malinche regresa no para convertirse en una proscripta social, sino para demostrar la superioridad del contrato sexual voluntario, que ahora reemplaza al intercambio de mujeres como dones.

La historia que refiere la manera brutal en que una mujer fue separada de su madre, su esclavitud y, al fin, su salvación merced a la intervención de un extraño, no puede explicarse a partir del principio del "tráfico de mujeres" de las sociedades tribales. Este es un relato cualitativamente diferente, en el que el *don* se transforma en *contrato*. En el caso de La Malinche estamos frente a la historia ejemplar de una transición de la endogamia y el don al contrato sexual. Este contrato se pacta, no obstante, bajo condiciones previas de violencia. Después de todo, Cortés había derrotado al cacique tabasqueño que le regaló a Doña Marina.²⁸ En el modelo freudiano, el varón llega a la adultez a través de la supresión y la sublimación, de la adopción del nombre del padre. Pero la preocupación de Freud en torno de la familia europea le impedía ver que "el continente oscuro" no se circunscribía a la mujer, sino que abarcaba a las poblaciones conquistadas que, o bien serían excluidas del intercambio civilizado, o quedarían envueltas en un juego de mímica colonial mucho más amplio.

Resulta difícil sobrestimar la importancia de este mestizaje. El mestizaje es lo que distingue a Latinoamérica de todas las demás empresas coloniales. Es el mestizaje lo que ayuda a explicar por qué las

²⁸ Pateman, Carole (1988), *The Sexual Contract*, Polity Press, Cambridge.

teorías sobre el poscolonialismo nunca parecen aproximarse a la realidad del continente, y por qué la política racial siempre ha estado determinada de manera tan evidente por categorías construidas, no esenciales. Posiblemente, este hecho contribuiría a explicar la caída en desgracia de La Malinche durante el periodo nacional de finales del siglo XIX y principios del XX. Es evidente que el aprecio por lo genuino y original, así como la tendencia a explicar el subdesarrollo económico y el "atraso" en términos raciales, hicieron del mestizaje un problema muy delicado, y transformaron a La Malinche en víctima propiciatoria, en "la mujer más detestada de las Américas", según Georges Baudot.²⁹

La literatura sobre la ideología nacionalista mexicana es demasiado extensa como para revisarla aquí, pero hay dos aspectos particulares relativos a la incorporación de La Malinche a la narrativa nacional que parecen extremadamente importantes como para pasarlos por alto. El incidente de Cholula facilitó la transformación de La Malinche en figura paradigmática de los pérfidos orígenes de la nación mexicana. Lo que no sabemos es cómo llegó La Malinche a convertirse en la Chingada, en la mujer violada del *Laberinto de la soledad*. Paz escribió su ensayo cuando el término "malinchismo" formaba ya parte del lenguaje periodístico popular. Cuatro décadas después de publicado ese ensayo clásico, resulta muy difícil reconstruir los textos, hoy olvidados, a los cuales pretendía dar respuesta. Si entendemos que el término malinchismo era una palabra en clave para referirse a la izquierda comunista, leeremos el ensayo de Paz como un esfuerzo por trascender los límites específicos de la lucha ideológica, transformándola en un psicodrama nacional de la agresión masculina y de la victimización no solamente de la mujer, sino de lo que hay de femenino en todos nosotros.

²⁹ Baudot, Georges (1986), "Malintzin, L'Irrégulière", en Claire Pailler (ed.), *Femmes d'Amérique*, Le Mirail, Université de Toulouse. El término "malinchismo" se popularizó en el siglo XX, pero la equivalencia entre la Malinche y la nación ya había sido propuesta explícitamente por Ignacio Ramírez en el siglo XIX. Para una revisión de la literatura decimonónica que se ocupa de caracterizar a la Malinche, véase Sandra Messenger Cypess, *op. cit.* Al final de la década de los cuarenta y durante la de los cincuenta, aparece una abundante literatura en defensa de La Malinche; sin embargo, la mayor parte de ella es más ficticia que académica. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Federico Gómez de Orozco (1942), *Doña Marina, La dama de la conquista*, Ediciones Xóchitl, México; Mariano G. Somonte, *op. cit.*, y J. Jesús Figueroa Torres (1975), *Doña Marina. Una india ejemplar*, Costa-Amic, México.

Paz asociaba a La Malinche con la Chingada. "Chingar" corresponde al impronunciable término prohibido de "joder". Malinche es, pues, la mujer violada, la tierra desflorada, la herida que se abrió con la conquista... En estos términos, la nación mexicana es en sí misma, como señalaría Paz, el engendro de la "violación, del rapto o de la burla". Paz reconoce que la Doña Marina histórica

se da voluntariamente al conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a La Malinche.³⁰

Si bien es cierto que la actitud que Paz mantiene hacia el malinchismo es crítica, y que él lo interpreta como miedo a lo femenino, su noción de lo femenino está vinculada más estrechamente con la estética modernista que con la opresión colonial, y es característica de lo que Andreas Huyssens ha denominado "la feminidad imaginaria masculina".³¹ Referirse a La Malinche como la Chingada restituye la violencia de la conquista, que parece desdibujarse en el trasfondo para Todorov y Greenblatt, reafirmando, simultáneamente, la identificación de la mujer con el territorio o con la víctima pasiva. Al convertir a Malinche en la Chingada, Paz oculta el hecho de que ella colaboró. No es la opresión lo que tiene que explicarse, sino la transición de La Malinche desde la opresión de la esclavitud a la aceptación aparentemente libre del contrato sexual que, por supuesto, también excluía a las mujeres de la verdadera ciudadanía.

Es este problema complejo del malinchismo lo que tiene relevancia especial tanto para las escritoras mexicanas como para las mexicano-americanas. Aunque se trata de un tema demasiado amplio como para abordarlo en este momento, vale la pena enfatizar la "permanencia" continua de La Malinche en la literatura femenina contemporánea. En su ensayo *Las hijas de La Malinche*, Margo Glantz hace notar hasta qué grado varias escritoras mexicanas modernas como Rosario Castellanos, Elena Garro y Elena Poniatowska se han

³⁰ Paz, Octavio, *El Laberinto de la soledad*, p. 94.

³¹ Huyssens, Andreas (1986), "Mass Culture as Woman", en *Beyond the Great Divide*, Indiana University Press.

sentido perseguidas por el fantasma de La Malinche.³² Sin embargo, no es sólo su posición como autoras en la narrativa nacional lo que está en juego, sino el imperativo de conquistar a través de la seducción; ello da lugar al odio que sienten las mujeres por sí mismas y a su inclusión como un número más en la serie.

Por ejemplo, en el poema "La Malinche" de Rosario Castellanos, la madre contempla su imagen en la hija y la odia; después destruye el espejo y, con él, toda posibilidad de solidaridad femenina. Según Margo Glantz, muchas mujeres se sienten ajenas y extrañas en la nación, e intentan ser incorporadas en la madre patria indígena, personificada en la nana de las novelas de Rosario Castellanos, en las sirvientas de la autobiografía de Poniatowska y en las campesinas de la ficción de Elena Garro.³³ Al final de su novela autobiográfica, *La "Flor de Lis"* (1988), donde se relata la intensa relación de una niña con una madre de clase alta que se mantiene a distancia de la sociedad en la que vive, Elena Poniatowska describe la dolorosa y arriesgada separación de la madre y su descubrimiento de una nueva familia: la heterogénea población que encuentra en las calles y camiones. De este modo, la escritora moderna revive la historia de separación de La Malinche respecto de sus padres, pero ahora con el fin de habilitarse a sí misma como escritora.

No debe sorprender, entonces, que sea entre la población mexicano-americana de los Estados Unidos donde La Malinche haya llegado a ser un tema polémico fundamental. El movimiento chicano de la década de los sesenta constituía toda una afirmación de nacionalismo en contra de la discriminación, una afirmación del valor propio, a la manera del movimiento del poder negro. Era ése un momento de autodefinición masculina. La Malinche, que había traicionado la causa de los indios con la que el movimiento chicano se identificaba a sí mismo, volvía a ser de esta manera el símbolo de la vergüenza.

³² Glantz, Margo, "Las hijas de La Malinche", en *debate feminista*, núm. 6, septiembre de 1992, México, pp. 161-179.

³³ Véase también Jean Franco (1989), *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*, Columbia University Press, Nueva York. (Hay traducción al español: *Las conspiradoras*, F.C.E., México, 1994.)

Así, Cherríe Moraga escribió enérgicamente:

Para decirlo de la manera más cruda, sobre los hombros de La Malinche recae toda la culpa de la "bastardización" de la población nativa de México; Malintzin, también llamada Malinche, tuvo relaciones con el hombre blanco que conquistó a los pueblos indios de México y destruyó su cultura. Desde entonces, los hombres de piel morena la han estado acusando de haber traicionado a su raza, y a lo largo de los siglos han seguido culpando a todo su sexo por esta "transgresión".

Moraga veía en el mito de La Malinche un factor de inhibición de la sexualidad de la chicana, por no hablar de la eliminación del lesbianismo como alternativa.³⁴ Pero, por otro lado, para Adelaida R. del Castillo, La Malinche es una mediadora humanista paradigmática.³⁵ En una revisión de la literatura de las chicanas que se refiere directa o indirectamente a su identificación con La Malinche, la crítica Norma Alarcón considera que resulta tan problemática cuando se la convierte en símbolo ejemplar, como cuando se la transforma en el símbolo de la autodenigración.³⁶

A pesar de que, en apariencia, las representaciones de La Malinche han estado confinadas al discurso colonialista o nacionalista, también existen evidencias de que el mito ha "permanecido" en la posmodernidad. En una ingeniosa parodia, Jesusa Rodríguez la transforma, literalmente, en un "medio". Presentada como mujer-ancla de la nueva red global de comunicaciones en la gran ciudad de Tecnoatlán, La Malinche preside una sociedad de consumo americanizada. Pero, hoy por hoy, La Malinche ya no necesita siquiera ser imaginada como persona real, porque todo mundo sabe que no es más que una simulación.³⁷ Y ésta es, por supuesto, la última ironía.

Traducción: Gloria Elena Bernal

³⁴ Moraga, Cherríe, (1985), "From a Long Line of Vendidas: Chicanas and Feminism", en Teresa de Lauretis (ed.), *Feminist Studies. Critical Studies*, University of Wisconsin Press, Madison, p. 173-190.

³⁵ Castillo, Adelaida R. del, "Malintzin Tenepal: A Preliminary Look into a New Perspective", en Rosaura Sánchez y Rosa Martínez Cruz (eds.), *Essays on la mujer*, University of California Chicano Studies Center Publications, Los Angeles, pp. 124-149.

³⁶ Alarcón, Norma, *op. cit.*

³⁷ Rodríguez, Jesusa, (1991), "La Malinche en: 'Dios T.V.'", en *debate feminista*, núm. 3, marzo de 1991, México, pp. 308-311.